

## “Los que no estaban muertos”

A veces los prejuicios oscurecen la visión. Sostener que no se tienen aprehensiones frente a ciertos acontecimientos o personas, sería una falacia. Me había prometido no ir a ver una película por millones de razones, y sin embargo, por esos accidentes de la vida, terminé en una butaca mirando la película desechada de antemano. Mi sorpresa fue enorme cuando a los cinco minutos, ya estaba absorto por la historia de Alberto Fuguet en “Se Arrienda”.

Lo más liviano, sería sostener que se trata de un film local que habla de una parte de la sociedad que le ha tocado vivir ciertas experiencias en contextos específicos. Sin embargo, esa es una de sus mayores cualidades, habla desde la honestidad de lo vivido.

Las transformaciones sufridas en estos quince años han sido mucho más fuertes de lo que muchos quisiéramos reconocer. La generación de los treinta y tantos tuvo que aprender a sobrevivir en una sociedad que estaba en un proceso constante de cambios y movimientos, pero en un contexto que lamentablemente hizo suya la exclusión como la característica más llamativa.

Soy parte de una generación de jóvenes que nos cansamos de escuchar la frase cliché “no están ni ahí”. Siempre estuvimos. Que no nos escucharan, es otro tema. Que no nos consultaran, también.

Hoy las cosas han ido cambiando, por lo menos sentimos que formamos parte de esta, nuestra sociedad. Desde distintos niveles se ha producido una mayor recepción de nuestras visiones, preocupaciones y a su vez nosotros hemos ido aprendiendo a ser respetados dentro de nuestra diversidad y discursos.

Al mirar la película de Fuguet, aparecen imágenes vividas y transformaciones que se nos escaparon. Al igual que el personaje de Cruz-Coke, de repente nos enfrentamos a una vida que no fue la que soñamos, pero

que hemos aprendido a aceptar. Y luego descubrimos, que no es ni tan malo como algunos lo pintan, ni tan maravilloso como otros quisieran hacernos creer. Es. Simplemente es. La verdad es que depende absolutamente de nosotros madurar con lo entregado y construir algo más apasionado que lo que recibimos.

Dentro del contexto socio-político, desde hace 15 años se hace mención a una transición que para nuestra generación se ha vivido desde otra mirada. La gran discusión acerca del término de la transición y de saber quién será el genio que logrará determinar la fecha exacta de finalización, no podría importarnos menos. Lo que si nos interesa es descubrir cómo nosotros, que a comienzos de los noventa ingresábamos a la universidad, llegamos a convertirnos en lo que somos. En qué momento llegamos a ser producto, pero sobre todo, reflejo de esta sociedad con sus vicios, defectos pero también virtudes. Cómo, a partir del deseo de contribución individual, logramos encajar en el colectivo.

En el día a día cuesta detenerse y mirarse en el espejo. Es por ello, que cuando creadores como Fuguet con su película trabajan desde la observación y la reflexión con honestidad, no se puede más que admirar el talento para despertar en nosotros esa nostalgia mal entendida, que dice que todo tiempo pasado fue mejor.

Chile, pero especialmente Santiago, ha mutado tanto en los últimos quince años que por momentos da miedo. Al intentar recordar la ciudad de ese entonces y compararla con la que tenemos hoy, cuesta encontrar similitudes. El discurso económico entró con tanta fuerza en nuestra cotidianeidad, que incluso nos permitimos olvidar los distintos escalones que conformaban la escalera. Y da la sensación que en un abrir y cerrar de ojos, nos encontraremos en el 2006.

Los finales positivos siempre se agradecen. Estoy convencido de que películas, exposiciones y montajes teatrales, que logran indagar más en este período, podrán contribuir significativamente a lo que se avecina.

Haciendo alusión al primer nombre de la magnífica y desaparecida Compañía La Troppa, “Los que no estaban muertos”; seguiremos aquí, tratando de construir, a partir de la transición, una sociedad de la cual todos nos podamos sentir orgullosos, sin prejuicios y con la libertad de expresión que tanto les costó a nuestros padres recuperar.

Ernesto Ottone R.  
Director Ejecutivo  
Centro Cultural Matucana 100